

no de sus hermanos, perseguido por causas políticas ó desterrado á otro país que el suyo, si se le ha juzgado un elemento útil, una cabeza inteligente ó un brazo robusto, pero en general la masonería deja perecer en la miseria á sus hermanos pobres ó desgraciados. Ya no hay ninguno que se desprenda de cantidades considerables para reparar la fortuna de sus hermanos arruinados en sus empresas, ó empobrecidos por otras causas. Los desengaños de muchos ilusos que han entrado en la masonería con esperanza de mejorar su triste situación, y llevar un bocado de pan á su familia, son la mejor prueba, y se repiten todos los días con gran desesperación de los infelices, que ya no pueden volverse atrás.

Por el contrario, la masonería no sabe otra cosa que explotar á sus hermanos. Como dice el autor de *La Masonería por dentro*, «los masones no hacen nada de balde. *Dinero* cuesta ser iniciado, *dinero* ascender de una á otra categoría, *dinero* los títulos y diplomas, *dinero* establecer una lógia, *dinero* hay que pagar todos los meses, y *dinero*, en fin, se entrega por vía de ofrenda de cada una de las reuniones.»

Hemos dicho, además que la masonería, aunque quisiera practicar la beneficencia, no puede.

Ella no ama á sus hermanos, como es debido, para hacer por ellos grandes sacrificios, y esto es natural, según sus principios, los mas á propósito para desarrollar el egoísmo personal, para procurar las satisfacciones individuales, queriendo los masones vivir á expensas de sus hermanos, mas bien que contribuir

á que estos vivan á costa suya. Muchísimos son los que entran en las lógias con esta esperanza, buscando únicamente su propio provecho. Este es un vicio radical para poder ejercer la beneficencia, ya por falta de recursos, ya porque la caridad es desprendida, generosa, valiente y jamás busca su provecho y utilidad, sino el alivio de la miseria del prójimo. Así, mientras que la caridad es fecunda en sus resultados é ingeniosa en los medios, la filantropía es estéril é impotente, y solo se contenta con palabras huecas ó con lamentaciones inútiles. Como dice el sábio Sr. Arzobispo de Valencia, en su Pastoral ya citada: «Adusto, intratable y descreído el naturalismo, no puede conciliarse con la fraternidad verdadera: repele en vez de atraer; en lugar de mostrarse afable y cariñoso, por todas partes siembra la discordia y el espíritu de rebelión... Y se entiende pésimamente la fraternidad al buscarla en otro costado que en el de Jesucristo.» Y en otro lugar dice: «La masonería añade á sus hipocresías humanitarias el descaro de hablar de socorros mutuos y de protecciones resueltas, aparentando desconocer que la Iglesia tiene previsto el remedio de las miserias humanas; y piadosamente formulado el plan de atender eficazmente á las necesidades públicas y domésticas por medio de los asilos y hospitales, por medio de las cofradías y hermandades puramente cristianas, las cuales militan rivalizando en las caridades de socorro y de enseñanza, bajo la inspección, dirección y providencia inmediatas de los Prelados, por medio también de las asociaciones

«piadosas de ambos sexos, como las de San Vicente  
«de Paul y las hermanitas de los pobres, la santa in-  
«fancia y la propagacion de la fé, y ofreciendo á la  
«ancianidad desvalida y á la niñez abandonada los  
«cuidados y el cariño que seria de desear aún en la  
«propia familia y en el seno de la casa paterna.»

La verdadera beneficencia, hija legítima de la caridad, no puede fundarse ni prosperar por un motivo meramente humano. Necesita como aquella un motivo divino que conmueva el corazón, dándole fuerzas para los grandes sacrificios. En vano, pues, se pedirán á la beneficencia masónica actos heroicos que exigen al auxilio poderoso de la gracia. La caridad lo puede todo porque es divina: la beneficencia nada puede porque es humana.

Por otra parte, la beneficencia masónica solo es un pretexto para engañar á los pueblos acerca de sus fines ocultos: es uno de sus frecuentes *artificios* para atraer prosélitos. Desde luego, valiéndonos de las palabras del Sr. Arzobispo: «Para hacer el bien, para intimar con los hombres de buena voluntad en afectos  
«y confianza, para darse mútuo apoyo de buena ley  
«y con rectitud de intencion, no son menester juntas  
«tenebrosas, secretos de temeridad, planes de trastorno ni halagos, ni promesas, ni amenazas, sino que  
«bastan los mandamientos de la ley de Dios, las obras  
«de misericordia, las bienaventuranzas y la sencillez  
«evangélica.» Y el P. Franco, haciéndose cargo de la objecion que con frecuencia se opone para alucinar á los incautos, la rechaza con energía en los términos

siguientes: «Lectores míos, habreis oido muchas veces  
«esta réplica, como la he oido yo; medítadla, empero,  
«un instante. ¿Os parece posible que á la luz del cristianismo, en el seno de la sociedad católica, sea necesario esconderse y reunirse con secretos juramentos,  
«solo para hacer bien al prójimo, amarse y protegerse  
«recíprocamente? ¿Ha prohibido la Iglesia la caridad,  
«ó por el contrario, la quiere y la recomienda, constituyendo el asunto de sus predicaciones sempiternas? ¿Ha existido acaso algun Gobierno que haya vedado á los hombres amarse y protegerse, para que  
«sea preciso hacerlo á escondidas? ¿A quién persuadirán tales extrañezas?»

*Libertad, Igualdad, Fraternidad.*

(A las notas 59 y 96.)

De la misma manera que los masones seducen á los pueblos, con pretexto de beneficencia ó de socorros mútuos, cosa que en realidad no existe sino de nombre, de la misma manera ilusionan con su lema usurpado al catolicismo, *Libertad, Igualdad y Fraternidad.*

Estas hermosas palabras exclusivamente cristianas, corresponden á la masonería ménos que á cualquiera otra alguna. Hablando en general, la palabra *Libertad*, en el sentido masónico, significa lo contrario á la monarquía, y no tiene otra significacion que la de república. Así lo entienden los principales escritores modernos, cuando hablando de la masonería, dicen que las sociedades secretas desean la destruccion del trono y

del altar para realizar la igualdad de hecho y preparar el camino del socialismo por medio de la república universal.

Además, esta secta entiende por libertad todo lo que la Iglesia ha condenado bajo el nombre de liberalismo en su sentido mas avanzado, á saber; la libertad de cultos, la libertad de opiniones, ó sea libertad de pensar, la libertad de enseñanza, la libertad de imprenta, etc. Para ellos la palabra libertad es el derecho de hacerlo todo impunemente, reivindicando los derechos individuales contra la violencia y la tiranía. De este modo conduce á los pueblos engañados á otra tiranía más insoportable y funesta, pues como dice el Papa Gregorio XVI, no hay cosa mas funesta que la *libertad del error*.

Es el mayor de los errores afirmar que la libertad comprende el derecho de hacerlo todo, lo mismo el bien que el mal. Tal es el parecer de un ilustre miembro de la masonería, Mr. Julio Simon. «Los teóricos, dice, que creen servir á la libertad pidiéndola absoluta y sin límites, se confunden en sus ideas, porque la libertad de hacerlo todo es la negacion de la libertad verdadera, la negacion de la sociedad, y la negacion de la misma humanidad.»

Habiendo de realizar nuestro fin por medio del buen uso de la libertad, claro es que esta ha de ser conforme á la recta razon, y por su misma naturaleza no puede extralimitarse fuera de lo que la misma razon dicta. De manera que no existe, ni puede existir derecho alguno al mal. Absurdo es suponer que el

mal pueda tener algun derecho, siendo como es contra los derechos del individuo y de la sociedad. Luego la libertad masónica que tanto seduce, es un principio absurdo, subversivo y anárquico, admitir semejante idea, es poner la perfeccion del hombre en su misma imperfeccion. Harto sensible es que puede apartarse de la regla de lo justo y de lo honesto, por ese don fatal que le fué concedido precisamente para el bien, El que es capaz de apartarse de su fin por su mala eleccion, con esto solo demuestra que es imperfecto, ignorante y limitado. Como quiera que el abuso de la libertad, en la mayor parte de los casos, envuelve el perjuicio ageno, claro es que no debe ser absoluta y sin límites, sino como enseña adecuadamente la escuela tomista, la libertad es un poder de elegir entre diversos medios, ordenándolos al fin: de suerte que la libertad se ha concedido al hombre para cumplir su deber realizando su fin, segun los medios que le parecen más conducentes á él dentro de la ley, la cual jamás es lícito quebrantar. Que esta ley existe, es una verdad de sentido comun.

No es así ciertamente como la entienden los masones, confundiendo torpemente la facultad natural con la libertad moral. Por la primera, en efecto, el hombre puede hacer el mal; por la segunda no debe hacerlo. El libre albedrío no es la regla de nuestras acciones, sino que debe someterse á la ley divina, y esta sumision libre es la que constituye la perfeccion de la libertad. Como decía Montesquieu; «La libertad no

«puede consistir mas que en poder hacer lo que se debe hacer.»

Por desconocer los masones esta verdad importante, conceden al hombre una libertad que es sinónima del libertinaje, favoreciendo las pasiones; y no es extraño, por lo tanto, que estas funestas teorías no signifiquen en rigor otra cosa que el imperio de la fuerza, y sean el prelude del socialismo.

Del mismo principio erróneo nace el sistema de la igualdad que ellos prometen, sabiendo muy bien que es una utópia irrealizable, no solo en el orden natural como es evidente, sino en el orden civil, suponiendo un derecho igual y absoluto en todos los hombres, tanto para intervenir en el gobierno de la sociedad, como para participar de todos los goces de la vida social. Estas funestas teorías son las que han trastornado el juicio de las clases proletarias, haciéndolas soñar en la supresion de todos los privilegios, en la nivelacion de todas las diferencias, en la desaparicion de toda superioridad, en la menor cantidad posible de autoridad á quien obedecer, y como consecuencia, en un estado social imposible, basado en el comunismo.

Inútil es decir que esta igualdad es quimérica é imposible, si se quiere que subsista la sociedad. Engañan, pues, á sus adeptos, alucinándoles con esta idea seductora, que nunca será un hecho segun los principios naturalistas. Leon XIII refuta este funesto principio en su admirable Encíclica, indicando los principales argumentos, que son susceptibles de extensos y fecundos desarrollos. Nada añadiremos, por

nuestra parte, limitándonos á llamar la atencion sobre ellos, repitiendo que se mediten mucho. En la sociedad hay desigualdades, y las habrá siempre por la misma naturaleza; y mientras no se puedan dar á Dios una ley, imponiéndole la necesidad de hacer á todos los hombres absolutamente iguales en el cuerpo y en el alma, como si fueran un solo individuo, muchas veces repetido, ó un solo cuerpo muchas veces reproducido en muchos espejos. Todos los hombres sensatos se rien de estas locas utópias, compadeciendo la insensatez humana, capaz de concebirlas ó de crearlas.

Aún suponiendo que Dios crease de repente una humanidad nueva, cuyos individuos fuesen perfectamente iguales en todo, hasta en la exigencia de las necesidades físicas, «esta igualdad originaria no duraria un dia. En el mero hecho, de ser inteligentes y libres y ser muchos, aplicarian sus facultades á diversos objetos en el orden intelectual y sensible, ó las aplicarian á lo mismo con diversa energía, y desde el instante mismo quedaria alterado el equilibrio. ¿Qué sería á la vuelta de muchas generaciones? Las criaturas libres pronto se sobreponen las unas á las otras; ó no existe la humanidad, ó es necesaria la desigualdad entre sus miembros. Esto sucederá con mayor motivo, si se consideran las múltiples necesidades sociales á que hay que atender por el bien de la misma humanidad. Siendo imposible que todos los hombres se dediquen á todo, necesariamente se han de distribuir los cargos y los oficios; unos culti-

«varán la tierra, las artes ó la industria, otros las letras y las ciencias, y de este modo las desigualdades habrán de ser cada día mayores en lo físico y en lo moral» (1). De suerte que la desigualdad entre los hombres es inevitable y necesaria.

Sin embargo, bajo otro punto de vista y en cierto sentido, podemos decir que todos los hombres son perfectamente iguales, si miramos las cosas de la vida con ojos imparciales de filósofos. Es preciso ser ciegos para no ver claramente la *ley de las compensaciones*, que lo nivela todo: ley providencial, clara y constante, por la cual, los bienes y los males se hallan repartidos con la mayor equidad. Uno tiene talento, pero le falta salud; otro tiene salud, pero le falta riqueza; otro tiene riqueza, pero le falta tranquilidad; y tal vez el mendigo que nos parece mas miserable, es mas feliz y dichoso que aquellos que nos parecen mas afortunados. Si nadie está contento con su suerte, es una verdad indudable que todos deben estarlo. Para ello es preciso no mirar exclusivamente á sí mismo, sino compararse con los demás.

¡Cuán criminales son, pues, los que turban la tranquilidad de los pueblos, haciéndoles pensar en aborrecer su posición, poniéndoles siempre delante la contemplación de sus desdichas, y haciéndoles olvidar lo que deben á la suerte!

Por eso el cristianismo es el único que ha sabido resolver este pavoroso problema de la igualdad social,

(1) Véase mi obra *La pluralidad de existencias del alma, ante el sentido comun*, cap. X.

enseñando que todos, sin distinción alguna, son iguales á los ojos de Dios, persuadiéndoles que se contenten humildemente con la suerte ó posición en que los ha colocado la Providencia, y borrando de veras todas las desigualdades con la verdad consoladora de que todos somos *hermanos*.

Esta es otra de las cosas de que abusa caprichosamente la masonería, predicando fraternidad, cuando ella puede llamarse la prueba del *egoismo* personal y exclusivista. El egoismo es quien mueve á la mayor parte de los masones á engrosar las filas de esta sociedad tenebrosa, esperando encontrar en ella la posición, la fortuna ó el placer.

El egoismo es quien mueve á la masonería colectivamente para conseguir el bien propio de sus afiliados, considerando á todos los demás como *profanos*. El egoismo es quien restringe el significado cristiano y universal de esta palabra, limitando la fraternidad únicamente á los suyos, como si todos los demás fueran párias é indignos de sus atenciones. El egoismo, por último, es causa de que su decantada beneficencia sea escasa, pobre y nula, como hemos visto arriba; y, en una palabra, el egoismo estrecho les obliga muchas veces á abandonar á sus propios hermanos, al paso que otras exalta y eleva á las posiciones mas distinguidas á algunos que no la merecen, con objeto de convertirlos en instrumentos de sus planes.

Como dice muy bien el abate Gyr: «La fraternidad masónica no es mas que la sustitución de la filantropía basada sobre motivos naturales á la caridad cris-

«tiana, que se apoya sobre consideraciones de un órden sobrenatural. Aceptamos la fraternidad masónica, sintiendo al mismo tiempo que sea tan estrecha, tan mezquina, tan poco decidida. Si esta fraternidad se entiende en el sentido que pone al hermano mason por cima del cumplimiento de un deber civil la repudiamos como un atentado contra la sociedad.» Y así la entienden los masones como varias veces hemos demostrado, pues en todos sus actos y doctrinas revela un individualismo orgulloso, y jamás practica la fraternidad como un sentimiento del corazón, sino como un medio de extender sus goces egoístas hasta los últimos límites de lo posible (1).

(1) Mercier de la Rivière, hace derivar todo el órden de los derechos y de los deberes del deseo del goce. La ley suprema de las relaciones sociales, es el interés propio, y el derecho que resume todos los derechos, es el de propiedad, porque ésta asegura al hombre todos los goces. «La propiedad no es otra cosa que el derecho de gozar; luego es imposible concebir el derecho de gozar separadamente de la libertad de gozar. Atacar la propiedad, es atacar la libertad: alterar la libertad, es alterar la propiedad. Propiedad, seguridad, libertad: hé aquí la razon esencial y primitiva de todas las leyes; hé aquí el órden social. Es preciso mantener la libertad y la propiedad en toda su extensión natural y primitiva. Las leyes deben tender á prevenir todo cuanto pudiera alterar la libertad que debe tener cada uno de no admitir como guía sino su interés personal, en todo lo que no exceda de la medida natural y necesaria de la libertad de que debe gozar en virtud de sus derechos de propiedad. El interés personal, cobrando valor con esta gran libertad, mueve viva y constantemente á cada hombre en particular á perfeccionar, á multiplicar las cosas de que es vendedor, á aumentar así la masa de los goces que puede procurar á los demás hombres á fin de aumentar por este medio la masa de goces que los demás hombres pueden procurar en cambio. Entonces *el mundo marcha por sí mismo*; el deseo de gozar y la libertad de gozar, no cesan de provocar la multiplicacion de los productos y el acrecentamiento de la industria; imprimen á la sociedad

Es indudable que la fraternidad en el sentido estricto de la palabra no puede existir fuera del cristianismo que la predica con sus doctrinas, la practica con sus obras, y la fomenta con sus instituciones. El cristianismo ha sabido realizar la fraternidad por medio de la caridad, cuyas obras admirables son su mayor gloria, y atraen la admiracion y el respeto hasta de sus mismos adversarios. Donde reina el catolicismo allí se desarrolla la caridad, el sentimiento fraternal puro y desinteresado: donde no se cree en nuestra santa religion y en sus consoladoras verdades, allí no hay caridad, ni fraternidad, ni aún casi espíritu filantrópico. Solo reina el humanitarismo vago, impersonal, incapáz de los menores sacrificios.

No hagamos, pues caso de las falsas predicaciones masónicas cuando levantan este lema de Igualdad, Libertad y Fraternidad, que de ninguna manera les pertenece. Es un lema cristiano, el cual, por decirlo así, los masones retienen cautivo, y que se esfuerza por volver á la verdadera patria. Con todo, despues que la revolucion ha corrompido y falseado el sentido de las palabras, el abuso que se ha hecho de estas es enorme y aterrador. ¡Tan cierto es que los nombres mas sagrados, pueden servir de pantalla para los mayores crímenes! A la sombra de estas palabras se han consumado las mas atroces revoluciones que amenazan todo el órden social.

un movimiento que llega á ser tendencia perpétua hácia su mejor estado posible.»—*El órden natural de las sociedades políticas*, cap. XVIII.

Estos delirios, como dice Perin, «no quedan siempre encerrados en los libros: los hemos visto ya en accion.» Es el grito de guerra de la revolucion organizada y activa que todo lo invade: es la piqueta demoladora de todo lo existente, y si alguna vez llegaran á realizarse estas utopías niveladoras y ateas, aquel dia empezarian los funerales de la sociedad actual.

*Remedios contra la masonería.*

Leon XIII, genio profundo y espíritu eminentemente práctico, despues de haber descubierto la malicia y perversidad de la masonería y sus verdaderos fines, y habiendo refutado ya sus errores, señala los oportunos remedios para impedir tan grave mal, ó al ménos contraerstar sus proyectos, puesto que habiendo muchos que no conocen á la masonería en sus interioridades, son acaso instrumentos inconscientes de sus inícuos planes.

En primer lugar, para dar impulso general y unánime á la accion colectiva contra la masonería, dice que seria convenientísimo que los reyes y los pueblos se uniesen entre sí para ayudar á la Iglesia, á fin de quebrantar los ímpetus de los masones. Esto seria convenientísimo á los príncipes y gobiernos, que de este modo tendrian verdaderamente el apoyo de las mayorías, y verian sus tronos robustecidos con la confianza popular, sabido como es que los pueblos buscan y aman sobre todo la paz y la tranquilidad, garantías de su prosperidad y progreso. Esta union seria tambien convenientísima para los pueblos que hallarian en los gobiernos los defensores de sus intereses contra la fa-

lanje de enemigos que conspiran contra ellos en las tinieblas. Seria, por último, convenientísima para la Iglesia, para poder ejercer con toda libertad su influencia salvadora.

Pero como esta alianza, por ser buena, conveniente y necesaria, nunca llegará á realizarse, pues tal es el extravío del espíritu moderno, el Papa pone por su parte los remedios que están en su mano. Renueva las excomuniones y censuras contra los masones, y prohíbe á todos los fieles que se alistén en las sociedades secretas, por cualquier motivo ó pretexto, mandando que todos los que están afiliados se alejen de ellas. Esto deben meditar bien aquellos reyes que son instrumentos de la masonería, cuando creen que la tienen en su mano. Sabido es que las excomuniones y censuras eclesiásticas son hoy objeto de burla por parte de muchos, pero para la inmensa mayoría de los católicos no han perdido todavía su eficacia, y este remedio que aplica el Papa, no dejará de producir sus frutos, retrayendo á muchos que todavía no han perdido el temor de Dios.

Recomienda despues á los Prelados que empleen contra la secta todos aquellos medios que les dicte su prudencia, segun las circunstancias y el estado de sus respectivas diócesis, quitando la máscara á los masones para que sean conocidos tales cuales son. Es de esperar que este medio será eficazísimo, porque nadie quiere formar parte de la sociedad de los malos que se distinguen por la perversidad de sus opiniones y la torpeza de sus hechos. Además de esta oposicion directa, quiere que tambien se haga otra, propagando